

Sandra Petrignani

La escritora vive aquí

Traducción de Romana Baena Bradaschia

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

El dibujo en el tapiz 9

La escritora vive aquí

Grazia Deledda en Nuoro 15
Existen tres Bargagias

Marguerite Yourcenar en Petite Plaisance 57
Qué desvaído sería todo si fuéramos felices

Colette en Saint-Sauveur-en-Puisaye 93
La muerte no me interesa, ni siquiera la mía

Alexandra David-Néel en Samten Dzong 131
Con los zapatos de fieltro multicolor

Karen Blixen en Rungstedlund 167
Y el americano dijo: «El Nobel se lo merecía ella»

Dos hermanas y una amiga en Charleston y en Monks Las tres «V»	211
Cronología	243
Agradecimientos	245

El dibujo en el tapiz

Cuenta Karen Blixen en *Memorias de África* que, cuando era niña, le narraban un cuento trazando al tiempo un dibujo que se iba configurando poco a poco ante su mirada, a medida que se desarrollaba la historia. Una noche un hombre, decía la historia, se despertó por un ruido tremendo. Salió y fue a ver qué había pasado pero, como estaba oscuro, le ocurrió de todo: se cayó en un estanque, tropezó, se equivocó de camino, se cayó tres veces en un foso y por fin regresó. Al final, siguiendo todos sus pasos, la pluma dejaba en la hoja el dibujo de una cigüeña. Era una cigüeña que el hombre, a la mañana siguiente, divisaba cuando se asomaba a la ventana. Así es el destino de las personas: un ir y venir cansino e insensato hasta que, al final, se desvela la imagen global, la imagen coherente de todo lo que ha sido su vida.

Leyendo el relato de Karen Blixen he entendido por qué he escrito este libro. Contemplando el dibujo escondido en el tapiz de tantas vidas, quería recoger algo de mi tapiz. Quería saber si valía la pena, como escribe Karen a su hermano, «caer en todos esos fosos y dar vueltas como una loca alrededor del estanque» y si de verdad, al final, se vislumbra «la nítida silueta de la cigüeña». La respuesta, otra vez, me viene de ella: «El destino de otro», escribe más adelante en la misma carta, «siempre sirve para explicar algo». Por un lado nos ilumina y por otro nos pone en guardia con respecto a nosotros mismos.

Para Guido, que tiene veinte años,
y ama los libros
tanto como los viajes.

«Después me fui a casa, subí seis pisos corriendo, cogí de la estantería un libro, luego otro. Todo era mío y yo no era de nadie.»

Nina Berberova, *La cursiva es mía*

Grazia Deledda en Nuoro



PAIO DI LINDA UGLE ORZA
GRAZIA DEL CODA
IN SODDIO LO SPIRITO
ALLA FONTE PIRELLA DELLA TUA UGLE
PALZIO DELLA PASTORE DI SANDRONI
L'UOLE DELLA PASTORE UGLE
CHE E' GLORIA ITALIA PER PIRELLA
PIRELLA G. PIRELLA

25

Existen tres Barbagias

Venía de Olbia y me dirigía a Nuoro por la 131, que iba dejando y retomando para seguir las indicaciones de un nuraghe (construcción prehistórica característica de Cerdeña) de una pequeña iglesia o de un área arqueológica. Estaba entrando en Barbagia, el corazón de tinieblas de Cerdeña. En verdad hay tres Barbagias, cosa que enseguida te dice cualquier oriundo, porque, te dice, Barbagia no es de por sí sinónimo de bandidaje. Depende precisamente de a qué Barbagia te refieras: Barbagia Ollolai, Barbagia Belvì o Barbagia Seùlo. Tengo la sospecha de que en cada una de las tres zonas afirman que los bandidos son los otros. Era una mañana de sol fría con un fuerte viento que hacía mecerse el paisaje, un desierto verde y rocoso, vacío y plácido, y sin embargo acechante como si tuviese ojos escondidos detrás de las piedras, deslumbrantes por su blancura. Pero si un nombre me gusta, eso basta para reconfortarme. Y el nombre de Barbagia me gusta muchísimo porque es áspero y dulce, como el pan frattau que acababa de comer en una modesta trattoria de pueblo, además de una sopa densa con sabor a salsa especiada, con un caldo sustancioso, de huevo y queso y de carta musica mezclada (otro tipo de pan, muy ligero).

Las ovejas que me encontraba me parecían iguales a cualquier otra oveja; pero las vacas, de un tostado difuminado

como la tierra sobre la que estaban tumbadas, blandas y mediatundas, me recordaban a las vacas indias, acrecentando el sentimiento de extrañamiento que se siente en el interior de Cerdeña, lugar arcaico e irreductible digno de su leyenda. Si me hubiera topado con una de esas comparsas de las fiestas del carnaval local, con los hombres negros con el gabbanu y la capucha de tejido rústico calada hasta los ojos, con los mal afamados mamuthones con pellizas y engalanados con cencerros, con los rostros cubiertos con las máscaras de animales cornudos, me habría muerto de miedo. Sin embargo, en los alrededores de Orune me encontré sólo con una piedra hueca con un agujero cuadrado como abertura y la reconocí como el habitáculo prehistórico denominado «la casa de las janas», las pequeñas hadas del folklore de Cerdeña. De esta manera también yo me he sentido protegida por Nicolosa, la «abuelita» de Grazia Deledda que se le aparecía en sueños para reconfortarla, vestida de novia, novia colorida no de blanco, como son las novias en Cerdeña, con sus trajes tradicionales con las faldas chillonas plisadas. «Diminuta mujer frágil, casi enana, con manos y pies de niña», así era Nicolosa con la cofia de paño negro, que le «recordaba a ciertas mujercitas de fábula, o a pequeñas hadas, buenas o malas, según la ocasión». Incluso el nombre es de hada extraña. Y extraño era también su marido Andrea Cambosu, ermitaño y artista, anárquico (¿otra especie de bandido?), amigo de todos los animales del mar, del aire y de la tierra, que le hablaba a las serpientes y protegía incluso a los escorpiones y hacía figuras de santos en madera y arcilla. Y sabía el nombre de las flores y de las plantas, distinguía las hojas y las piedras, en una relación animista con la naturaleza, sabedor de la misma ciencia de la que fue cultivadora también Grazia, la más «botánica» de los escritores junto con Colette. Entre tantos críticos injustos y reduccionistas, hubo uno, que de hecho no era un crítico sino un escritor, que demostró entender mucho de Grazia Deledda, Bonaventura Tecchi, cuando dijo en 1959: «En esta fusión entre cosas del alma secreta y cosas naturales: la ceniza, el agua, el fuego; en esta fusión, que

denominaría autógena por lo neta, sin halos ni residuos, hay algo de clásico y al tiempo un anuncio de modernidad» (dice a propósito de *Incendio nell'uliveto*). Qué bien suena ese «sin halos ni residuos» y qué bien suena la palabra «fusión». Van al corazón de la Deledda, dicen una verdad sobre su trabajo menospreciado continuamente bajo una pretendida «modestia», bajo la imagen de un genio ignorante, de la muchacha sin instrucción, de la mujer dedicada a la casa y la familia. Tonterías, me dan ganas de decir, lo mismo que respondía ella cuando alguien le preguntaba qué estaba escribiendo. «Todo tonterías», decía, para no perder tiempo en discutir cosas tan importantes en una conversación mundana o, peor, en una entrevista. Modesta no era, en ningún sentido. «Muchos han exagerado mi sencillez y mi modestia», decía en una nota biográfica de 1905 destinada al cónsul francés en Italia, que se la había pedido. «Yo no soy en absoluto modesta; es más, considero la modestia el reflejo de un espíritu que se considera inferior porque realmente siente que lo es. Yo, sin embargo, soy orgullosa, no porque haya escrito novelas que han tenido fortuna sino porque me siento consciente, fuerte, superior a todas las pequeñeces y prejuicios de la Sociedad. Si hubiera nacido hombre hubiera sido un solitario, habría vivido como un ermitaño. Al ser mujer debo adaptarme y doblegarme a vivir entre aquellos que amándome y protegiéndome completan mi existencia.» Tenía treinta y cuatro años y las ideas clarísimas.

Quizá fuera ella también una jana con su metro cincuenta y cuatro de estatura y los ojos inmensos. «Mi madre era una mujer de pequeña estatura; tenía unas manos tan diminutas y fusiformes y gráciles que parecían las de una pequeña hada»; así la describía su hijo Franz. Como las janas, que tienen «un carácter completamente distinto al de las hadas comunes», así hablaba ella misma en una carta a Angelo De Gubernatis, tenía arrebatos, era huraña y engañaba sobre su edad y su altura, quitándose cuatro años, incluso en la contraportada de los libros, y añadiéndose seis centímetros: «Sí, soy muy menuda pero no soy baja, ¡160 centímetros!», o haciéndose la graciosa:

«Tengo seis palmos y algún centímetro de altura». Tenía «una risa muy fresca, de monja joven», según la eficaz imagen de su amigo Cesare Giulio Viola. Pero raramente se reía y hablaba el mínimo indispensable. Podía estar horas sentada en silencio, meditando para sí y asintiendo de vez en cuando como si respondiera a un soliloquio interior: es éste otro recuerdo transmitido por los hijos. Desde pequeña, Grazietta, «éste es mi verdadero nombre», prefiere la soledad, «quería, quería saber, más que los juguetes le atraían los cuadernos y la pizarra de la clase», escribe en Cosima, su autobiografía, donde habla de sí misma en tercera persona. En Roma, en la frecuentadísima sede de la revista Nuova Antologia, entre 1905 y 1910, en la Via del Corso, Giovanni Verga y Antonio Fogazzaro, el calvo Gabriele D'Annunzio, el rubio Luigi Pirandello, el cándido Edmondo De Amicis, Pietro Mascagni y Giovanni Cena, que era poeta y filósofo, pero también redactor jefe, se la podían encontrar arrinconada en una esquina, con las manos escondidas en un manguito despeluchado y con la cabeza dentro de su sombrero plumado, para hacerse invisible.

Desde luego era más fácil perseguir la soledad cabalgando, como le había enseñado su hermano Andrea, por las tancas de Barbagia, cuando poco más que veinteañera recorría la comarca de Nuoro de pueblo en pueblo para recopilar mutos y gosos, battorinas y verbos, fórmulas mágicas, cuentos, leyendas, proverbios, plegarias, canciones de cuna, cantos, maldiciones, «si es necesario recogeré todas las imprecaciones de mi pueblo, que es la tierra clásica de las imprecaciones», para un gran estudio sobre el folklore que estaba recopilando De Gubernatis, estudioso de las tradiciones populares y del sánscrito y que era un tierno confidente epistolar suyo. El 20 de febrero de 1894 le escribe: «He ido a los rediles, a las casas más pobres y más oscuras, entre el humo y la miseria, he dicho mentiras, me he hecho pasar por enferma para saber de las medicinas populares...». En la misma carta habla de la escisión entre «Grazietta, pequeña tozuda y salvaje que hace lo que le da la gana», y «Grazia, que no tiene caprichos, que siempre sonríe, que no

tiene pasiones y que no ofende nunca a nadie». Es Grazietta la que no soporta montar a caballo con las piernas juntas por el mismo lado, como tenían que hacer las mujeres. Es ella la que lee todo aquello que le cae en las manos, todos los libros que un vecino profesor había dejado al escapar de Nuoro. Es ella la que decide mientras trabajaba en su escritorio convertirse en famosa. Y sin embargo, Grazietta no existe sin Grazia, que quiere casarse, que quiere enamorarse y se enamora. De verdad y de mentira.

Todo acontece en la casa de Nuoro, hoy museo, donde nació el 27 de septiembre de 1871, la quinta de siete hermanos y hermanas, sobre todo hermanas: dos mayores que murieron jóvenes, Giovanna y Enza, y dos más pequeñas, Giuseppina y Nicolina, que la alcanzarán en Roma y permanecerán siempre a su lado. Pero antes de llegar a Nuoro me desvíó hacia Galtellì, el pueblo donde están ambientados cinco cuentos y una novela. Aquí me encuentro en la Baronia, que, como su paisaje dulce y llano, es lugar de «gente pacífica y de bien», me dice el alcalde Giovanni Cosseddu. Pasear por Galtellì es como entrar en la novela: a pesar de la devastación general que la construcción ha producido en Cerdeña, el pueblo de las damas Pintor, las protagonistas de Canne al vento, ha quedado intacto y lo que ha sido estropeado, como las piedras irregulares y los adoquines del empedrado sepultado por el asfalto, será restaurado, dice el alcalde. Estoy dentro del Parco letterario deleddiano y, por tanto, en zona arqueológica protegida. Menos mal. Caminando hacia la iglesia de San Pedro, donde tiene lugar una fiesta popular crucial para el desarrollo de la trama, se encuentra la morada de la usurera Kallina, que ahora está habitada por una señora que no es usurera y que con modesto resarcimiento hace los honores de la casa. Las habitaciones dan todas a un patio central en el que un montón de cañas secas proporcionan una cita involuntaria. El rico palacio de don Predu, que se casará con Noemi después de muchas negativas, está un poco más allá. Subiendo la cuesta está la casa de Lia, Ruth, Ester y Noemi, donde Grazia Deledda fue

huésped y que le inspiró, quién sabe por qué vías, su historia. Intervenciones posteriores a las descripciones de la escritora la han transformado; tengo la impresión de que los soportales abiertos, típicos de las casas de Galtelli, han sido convertidos en ventanas. Cuando la novela apareció, en 1913, hubo un gran escándalo en el pueblo y la escritora fue odiada por «haber puesto en entredicho a una honorable familia como la de los Nieddu», que es el verdadero nombre de las Pintor.

Battistino Asara, viticultor y persona principal de Galtelli, de antiguo rostro esculpido y pobladas cejas sobre bellísimos ojos sardos, conoció a las Nieddu y a su criado, el modelo de Efix en la novela. «Estaba de monaguillo en San Pedro», me cuenta. «A la misa de las siete de la mañana venía una mujer anciana, elegante, siempre vestida de oscuro: era doña Augustina Nieddu, que se convirtió, si no me equivoco, en el personaje de Ruth. Su hermana Pietra estaba casada con un rico hacendado. No, las verdaderas Pintor no eran pobres como las hermanas de la novela, pues tenían cinco hectáreas de tierra. Augustina fue profesora durante cuarenta años y trajo mucha cultura a Galtelli.» Giovanni Cosseddu se ha puesto a leer el episodio en el que Efix oye a las panas, los fantasmas de las mujeres muertas durante el parto, que lavan los pañales en el río sacudiéndolos con tibias humanas, mientras el ammattadore, el duende de los siete gorritos, escapa perseguido por los vampiros con cola de acero. «Era su paso», lee Cosseddu, «el que despertaba el centellear de las ramas y de las piedras bajo la luna y a los espíritus malignos se unían los de los niños que no habían sido bautizados, espíritus blancos que volaban por el aire transformándose en las nubecillas plateadas que hay tras la luna; y los enanos y las janas, pequeñas hadas que durante el día se quedan en sus casas de roca tejiendo telas de oro en telares de oro, bailaban a la sombra de los grandes bosques de helechos, mientras los gigantes se asomaban entre las rocas de los montes bañados por la luna, asiendo por las bridas los enormes caballos verdes que sólo ellos saben montar, espionando si allí abajo, entre las extensiones de euforbio

maléfico, se escondía algún dragón o si la legendaria serpiente cananèa, que vive desde los tiempos de Cristo, se arrastraba sobre los arenales que rodean el pantanal. Especialmente en las noches de luna llena este pueblo misterioso anima las colinas y los valles...». Battistino Asara nunca se cruzó con Deledda y tampoco hubiera sido posible puesto que ella desde 1911 no volvió a poner el pie en Cerdeña. Pero la abuela de Battistino sí: la veía, de pequeña, vagabundear por Galtellì. «Una vez, me contaba la abuela Manca», relata Battistino Asara escanciando el vino blanco, que es tan fuerte como el tinto, «le dije: “Grazietta, vete a casa, se ha hecho tarde”. Y ella me contestó: “No, no me voy a casa. Tengo que observar la puesta de sol y cómo la luna ilumina el monte: es mi trabajo”». Mientras, vierte su vino en los vasos, en la bodega de gran techo aislado con tupidas cañas vistas de bambú, según la tradición de esos lugares. Battistino Asara habla lentamente y su voz retumba profunda, mullida, entre las hileras olorosas de los toneles. Evoca los tiempos de la malaria, que también él padeció en su juventud. «Estábamos todos enfermizos, debilitados por la fiebre; no éramos altos y fuertes como los chicos de hoy», recuerda sosegadamente, fumando, Battistino Asara; y respecto al ruiseñor que canta «con las primeras estrellas del atardecer» en Canne al vento, dice que ya no se escuchan los ruiseñores de Galtellì.

Cuando llego a Nuoro, ante la casa de Grazia Deledda en la calle que ha tomado su nombre, frente al monte Ortobene, que era «su» monte, no me he recuperado todavía de la fascinación de Galtellì y me parece ser ahora el criado Efix que entra con una flor de geranio entre los dedos en el patio de la casa de los Pintor, o la Ruth de «gruesas piernas cubiertas por medias turquesas», o Ester que sacude «con impaciencia las dos alas negras de su chal» y se lo cierra delante manteniendo «el dedo fuera del cruzado». Todavía hay muchas mujeres así en esta parte de Cerdeña, viejas vestidas de negro de la cabeza a los pies, sólo el rostro emerge pálido de los pañuelos anudados en el mentón, aunque los ojos asedian con miradas

inquisitivas, para nada dispuestas a ceder. Me acuerdo de Nuoro a principios de los años sesenta. Muchas mujeres de negro, de todas las edades, incluso las jóvenes, iban escondidas en los pañuelos negros o envueltas en los chales negros, y los hombres también delgados y negros, sentados en las escaleras de la catedral. Me daban ganas de huir lejos. El negro en Cerdeña es más profundo que en otros lugares. En aquel entonces se venía a Nuoro a comprar dulces típicos, los más ricos de toda la isla.

El museo Deledda no se había abierto todavía. Esto ocurrió en 1983, tras cinco años de trabajos para restaurar la estructura originaria de la construcción que, tras los Deledda, había sido habitada y ligeramente modificada por otra familia, los Sanna. La Región Sarda la adquirió en 1971, pero han sido necesarios varios años para decidir su destino. Hoy es un museo a medias, sugerente y espectral, porque, aun siendo bello, está vacío; sólo unas pocas estancias han sido ocupadas por objetos, en muy pequeña proporción originales. Con un esfuerzo significativo se podrían trasladar aquí los muebles de la época romana de la escritora, que, ahora, se encuentran divididos entre los herederos y el Museo Etnográfico de Nuoro, donde se pueden ver previa cita. Grazia Deledda tenía un carpintero en Sassari, Gavino Clemente, al que le encargó, durante los años diez y veinte, todo el mobiliario de su casa romana. Entre ellos intercambiaban cartas y bocetos que la escritora aceptaba o rechazaba, aportando modificaciones, sugiriendo tintadas y tejidos, discutiendo los precios. «Precisamente ayer vi un despacho en verde y negro muy distinguido, creo, por tanto, que probablemente elija un color oscuro», le escribía. «Los sofás los quiero cómodos, con el respaldo totalmente tapizado. Quiero también dos camas gemelas de nogal, una cómoda de lo mismo, un tocador, un perchero para la entrada de la escalera, todo muy sencillo pero sólido y elegante.» «Yo no quisiera, y además no puedo, gastarme más de mil quinientas liras en el despacho», se queja en 1912. «Entonces, el dormitorio completo lo haré la próxima primavera y también el comedor.» «He desembalado las butacas y la mesa. Son francamente bonitas, y

ya han sido muy apreciadas por los que las han visto.» En efecto, simple y elegante era el gusto de Deledda así como el estilo de la firma Clemente. Muebles de una gracia austera, sólidos y oscuros, pero aligerados con vitrinas, tapicerías y marqueterías florales; de un estilo modernista que incluía detalles campesinos y que no desentonarían en la casa de Nuoro.

«La casa era sencilla pero cómoda; tenía dos habitaciones en cada piso, grandes, un poco bajas, con los suelos y los techos de madera...», describe Grazia en Cosima, que era su segundo nombre. Y en Paese del vento: «Mi casa, estrecha, cuadrada y tosca como una torre o como un rellano y con sólo dos habitaciones por piso, era una de las más altas; ya desde pequeña había establecido mi residencia particular en el último piso, en una especie de desván protegido sólo por un techo de gruesas vigas y por un tupido entramado de cañas...». Voy enseguida a esa habitación, subiendo los «veintinueve escalones» de pizarra. Está completamente vacía. Intento imaginarme la «estantería llena de libros» junto a la ventana. Quién sabe dónde estaría colocado el «escritorio antiguo, que parecía morisco, todo de auténtico ébano, con incrustaciones de marfil». Pero si te asomas ves que ahí sigue el monte Ortobene. Eso no lo ha quitado nadie. «No, no es verdad que el Ortobene se pueda comparar con otra montaña; sólo hay un Ortobene en todo el mundo; es nuestro corazón, es nuestra alma, es nuestro carácter, es todo lo que hay de grande y de pequeño, de dulce y duro y agrio y doloroso en nosotros», así escribía Grazia desde Nuoro el 5 de septiembre de 1905 al amigo poeta de Sassari, Salvator Ruju, durante una estancia en Cerdeña para pasar las vacaciones. Su vida estaba ya en Roma; tenía un marido y dos niños. Había estado veinte días en la sierra con ellos. «Cuando estoy sobre el Ortobene y, sentada en una roca, miro la maravillosa puesta de sol, me parece ser una misma cosa con la roca y que mi alma es grande y luminosa como el cielo encerrado por las montañas de la Barbagia fatal.»

Casa torre, casa fortaleza, suavizada por las carpinterías celestes y por tres filas ordenadas de pequeñas ventanas casi